

DE ENCUENTROS Y DESENCUENTROS: LA ESCRITURA DE LA HISTORIA EN ESTADOS UNIDOS. ENSAYO DE UNA VISIÓN FORASTERA¹

Mauricio TENORIO TRILLO
The University of Texas

DURANTE EL PRIMER ENCUENTRO de historiadores mexicanos y estadounidenses (1949), Stow Persons sostuvo la existencia de una "American [U.S.] Civilization". Edmundo O'Gorman —invoquémoslo joven y con su impecable inglés británico— contestó: "Whether or not we can speak of a typical Mexican culture, is a problem much debated in México". No sabemos, le aclaraba don Edmundo, si somos europeos, americanos o mexicanos: "perhaps our true being lies in this very doubt". Pero sostener la existencia de una "American [U.S.] Civilization", creía don Edmundo, era "a form of retrocession or the most subtle disguise of nationalism".² Así, O'Gorman ponía en evidencia la falta de comunicación entre las historiografías de Estados Unidos y de México, y afirmaba que una de las principales causas era la mutua incompreensión nacionalista.

Es estos párrafos, por tratar los pormenores de esta falta de comunicación, adelanto una interpretación de las

¹ Este artículo es parte de un trabajo más amplio que revisa varios aspectos de la historia de la historia, y de la vida intelectual, de Estados Unidos. Agradezco los comentarios, en varios episodios de mi ensayo, de William Tobin, Carl Degler, Apen Ruíz, Josefina Vázquez, Charles Hale y, en especial, Fredrick P. Bowser, con quien ya no podré contar más; que éste y otros trabajos guarden su huella.

² Comentarios de Edmundo O'Gorman a la ponencia de S. Persons, véase *Proceedings*, 1950, pp. 206-207.

sutilezas nacionalistas de la escritura de la historia de Estados Unidos. El otro nacionalismo en la otra historia, la de México, hará las veces de telón de fondo ineludible, sin ser examinado en detalle.³ Por tanto, este ensayo discurre en dos sectores de análisis: el primero, es específico y trata la historia de los encuentros y desencuentros institucionales entre la historiografía de Estados Unidos (que no de la estadounidense de México) y la de México. El segundo, es más general y especulativo y propone una interpretación de la escritura de la historia de Estados Unidos; tarea en la cual, propongo, han encontrado una durable interacción tres quehaceres con sus preocupaciones específicas: ciencia (historiador científico, objetividad), elocuencia (intelectual, el *ethnos* nacional) y conciencia (ciudadano, Estado). Esta durable interacción es la nación: Estados Unidos; su existencia, historiográfica e ideológicamente, ha dependido de los choques y coincidencias de estos tres quehaceres. Así, ya explicaré, se escribe la historia (el pasado) no sólo para crear, o para defender, a la nación, Estados Unidos, sino como una concurrencia de quehaceres en un tiempo nacional eterno para el cual pasado, presente y futuro coinciden irremediamente.

Con todo, y como lo hubiera querido don Edmundo, este trabajo pretende despertar el interés por el estudio de la historia de Estados Unidos en nuestras latitudes; si no lo consigue con sus reflexiones, a veces muy personales, lo conseguirá tal vez con sus referencias bibliográficas.

¿ESTUDIAR A ESTADOS UNIDOS?

El 12 de diciembre de 1894, en Guadalajara, Henry Adams escribía su discurso inaugural como presidente de la American Historical Association. Lo tituló "The Tendency of History": una invitación a la cientifización darwiniana de la historia, aunque también una melancólica advertencia de

³ Sobre la escritura de la historia en México y sus imperativos nacionalistas, véanse KNIGHT, 1985 y 1987; HALE, 1989, y GONZÁLEZ, 1988.

los efectos indeseados e irreversibles de la historia científica. Como historiador, Adams creía que la profesionalización de su disciplina era inminente; como viajero, encontraba petrificada a la historia en México: “a fragment of the later Roman empire meticulously preserved as it must have existed thousand years ago”; un lugar menos exótico de lo esperado (“every Chicago clerk has been here”), un encuentro de lo primitivo con lo hipermoderno: “[Mexico] is another money-making, like the U.S. or England or Italy”.⁴ Desde entonces, Estados Unidos y México tienen destinos compartidos, intereses que se juntan, historias que no se hablan.

Poco más de 50 años después, Edmundo O’Gorman vio con preocupación estas historiografías que no se hablan. Así, al final del primer encuentro de historiadores de Estados Unidos y México, O’Gorman propuso el diálogo de una a otra tradición historiográfica. No porque “entender al vecino sea amarlo”, sino porque conocerse era inevitable y de consecuencias insospechadas, según creía don Edmundo, con el mismo pesimismo de Henry Adams. Inevitable por la propia profesionalización de la historia y porque, decía Daniel Cosío Villegas, los mexicanos están obligados a estudiar a Estados Unidos por su importancia en el mundo y porque comparten una historia común.⁵ Con todo, afirmaba O’Gorman, mucho conocerse no es amarse: “I should like to imply the act of faith that, understanding our neighbor, we must love him despite that understanding”.⁶ Unas historias “científicas”, para Adams y O’Gorman, llevarían a un mayor conocimiento, no necesariamente al entendimiento. Como sugiriera en los años treinta el historiador estadounidense Charles Beard, O’Gorman consideraba que al final de todo conocimiento histórico hay un

⁴ Henry ADAMS, “The Tendency of History”, diciembre 12, 1894, discurso recopilado en *The Degradation of the Democratic Dogma*, editado con introducción de Brooks Adams. Los comentarios sobre México y Guadalupe se encuentran en las cartas de H. Adams a Elizabeth Cameron. Véase ADAMS, 1938, pp. 58-65 y 1988, pp. 236 y ss.

⁵ COSÍO VILLEGAS, 1968, pp. 16-17.

⁶ *Proceedings*, 1950, p. 329.

acto de fe: conocerse para reconocerse diferentes e imperfectos y aun así tolerarse.⁷

En México se han llevado a cabo varios esfuerzos para lograr este encuentro de las tradiciones historiográficas de México y Estados Unidos. Sin embargo, el estudio de la historia de Estados Unidos en México no ha tenido el éxito esperado, más allá, por supuesto, del interés natural por las relaciones contemporáneas entre ambos países.⁸ Una vitrina a los bemoles de esta incomunicación historiográfica es la historia de los encuentros de historiadores mexicanos y estadounidenses, los cuales hoy son conocidos como masivos congresos de mexicanistas de Estados Unidos, México e incluso —por decreto de los tiempos— de Canadá. La historia de estos encuentros es especialmente emblemática porque muestra los problemas institucionales, intelectuales e incluso filosóficos que han existido para que dos tradiciones historiográficas tan distintas se puedan hablar. En estos congresos entraron en juego los quehaceres del historiador, del intelectual y del ciudadano.

En sus orígenes, los encuentros de historiadores mexicanos y estadounidenses deben mucho a la labor de Lewis Hanke, Edmundo O'Gorman, Silvio Zavala, Merle E. Curti, Samuel Eliot Morison y Frank Tannenbaum, entre otros. Estos encuentros no pretendían el desarrollo de análisis y enfoques comparativos a la manera como más tarde propusiera Louis Hartz, o al estilo de los estudios comparativos que se pusieron de moda en los años setenta en Estados Unidos.⁹ Por el contrario, se trataba de establecer un

⁷ Véase BEARD, 1934.

⁸ A este respecto, véase Carlos Rico, "Estudios Norteamericanos en México" Comisión Binacional México-Estados Unidos, octubre, 1987 (manuscrito). VÁZQUEZ, 1968 y 1985. Juan Ortega y Medina fue un importante historiador de la Norteamérica puritana. Desgraciadamente, su trabajo es casi desconocido entre historiadores de Estados Unidos. Gracias al impulso de Ortega y Medina, así como a la labor de Josefina Vázquez, en los años sesenta se abrió un centro de estudios de Estados Unidos en la Universidad Nacional Autónoma de México. Hacia 1970, el centro desapareció víctima de cambios administrativos y recortes presupuestarios, ORTEGA Y MEDINA, 1968.

⁹ HARTZ, 1964 y VANN WOODWARD, 1968.

diálogo entre dos tradiciones historiográficas, y no una mera cacería estadounidense en el extranjero de las preocupaciones historiográficas similares a las suyas, o de fenómenos históricos paralelos (no historia comparada, sino historia estadounidense expandida).

El Primer Congreso de Historiadores de México y Estados Unidos tuvo lugar en 1949 en Monterrey. Desde 1947, Lewis Hanke y Silvio Zavala iniciaron los preparativos. Sospecho que la atmósfera de internacionalismo que prevalecía en la inmediata posguerra —que Zavala y Hanke conocieron de primera mano en Europa y Estados Unidos— tuvo algo que ver en este afán de lograr encuentros de historiografías.¹⁰ Varios académicos e intelectuales estaban involucrados en este esfuerzo de posguerra: Robert Redfield y Richard McKeon de la Universidad de Chicago, Silvio Zavala, Jaime Torres Bodet y Edmundo O'Gorman en México. Todos participaban en ese espíritu que llevó incluso a concebir la idea de escribir una nueva historia universal tolerante y una ciudadanía universal.¹¹ Los encuentros de historiadores mexicanos y estadounidenses, acaso, cumplían igual función, como sucedió en 1935 con el Carnegie Endowment for International Peace que financió la reescritura de la historia de las relaciones entre Canadá y Estados Unidos como un ejemplo de convivencia pacífica sustentada en la interdependencia económica.¹²

¹⁰ Al respecto, véanse las remembranzas de Silvio Zavala en las *Egohistorias* recolectadas por Jean Meyer. MEYER, 1993. Véanse también las explicaciones sobre el origen de los congresos en la advertencia a las memorias del primer encuentro: *Proceedings*, 1950, pp. 7-9; ZAVALA, 1949; BUTLER, 1949, y HANKE, 1989.

¹¹ Los archivos personales de Richard McKeon y Robert Redfield en el Department of Special Collection de la biblioteca de la Universidad de Chicago contienen abundante información sobre los esfuerzos intelectuales internacionalistas ligados al establecimiento de la UNESCO. La correspondencia de la UNESCO en París incluye también una abundante información de los académicos relacionados con este esfuerzo de posguerra.

¹² Véase BERGER, 1986. Edmundo O'Gorman de hecho fue becado por el Carnegie Endowment for International Peace. Sobre la influencia de la Carnegie Foundation en estos esfuerzos, véase LEGEMANN, 1989, pp. 19-22.

Por supuesto, desde los años veinte Herbert H. Bolton, en la Universidad de California en Berkeley, había sostenido la existencia de una historia común a todas las Américas, la épica de la *greater America*.¹³ Pero desde sus orígenes los encuentros de historiadores de México y Estados Unidos no comulgaban con esta escuela. De hecho, miembros fundadores de los encuentros, como O’Gorman y Hanke eran agudos críticos de las tesis de Bolton. Después de un intento de juventud de estudiar bajo la tutela de Bolton, Hanke no sólo se decepcionó de la idea de una *greater America*, sino de Bolton mismo.¹⁴ Por su parte, don Edmundo consideraba que la tesis boltoniana era similar al etnocentrismo hegeliano que hacía de un accidente geohistórico, un concepto filosófico insostenible. “En nombre de todo lo que es sentido común, que nadie trate de hacer una gran victoria tan sólo porque una carretera recorre el continente de polo a polo”.¹⁵

El encuentro de 1949 no intentó armonizar con la idea de la *greater America*, sino unir dos tradiciones historiográficas diferentes. A este encuentro asistieron historiadores estadounidenses que hoy pueden ser considerados latinoamericanistas (como Lewis Hanke), pero también distinguidos historiadores dedicados al estudio de Estados Unidos: John Higham, Stow Persons, Merle Curti, Samuel Eliot Morison y Paul Gates. En este congreso se celebraron atractivas conferencias que enfrentaban, al alimón, dos tradiciones filosóficas distintas. Fue el caso de las conferencias de John Higham (“The Study of Intellectual History of the U.S. since Parrington”)¹⁶ y de Leopoldo Zea (“La historia intelectual en Hispanoamérica”).

El segundo encuentro de historiadores mexicanos y estadounidenses se celebró en 1958 en Austin, Texas. Su tema fue *the frontier thesis*, entonces en boga en la historiografía de Estados Unidos. El variopinto carácter del primer encuen-

¹³ Véase BOLTON, 1933, p. 12.

¹⁴ Véanse los recuerdos de Hanke, en HANKE, 1980.

¹⁵ O’GORMAN, 1941, p. 12.

¹⁶ Reeditada más tarde en HIGHAM, 1970, pp. 41-72. Higham hacía referencia al influyente estudio de PARRINGTON, 1930.

tro —en el que, como Cosío Villegas resumió, hubo mucha dispersión— cambió por una tesis central que, aunque tenía pasaporte estadounidense, adquiriría fácil ciudadanía en la historiografía mexicana. Para 1958 se había vuelto industria académica lo que había sido un simple ensayo presentado en la Exposición Universal de Chicago en 1893 por Frederick J. Turner, un historiador casi provinciano que nunca pudo terminar lo que sería su obra maestra.¹⁷ Turner había dado por terminada la conquista de la frontera del oeste, y había mostrado cómo ésta marcó la historia y el “carácter” de la nación estadounidense. Siguiendo estas líneas, algunos de los temas del segundo encuentro fueron: “The Medieval Iberian Frontier”, “The Frontier and Ranching in the United States and México” y “The Great Frontier Concept”. Los artículos presentados por los historiadores estadounidenses trataban los temas relevantes para la historiografía de Estados Unidos de los años cincuenta (Ray Alien Barrington, “The Frontier in American Thought and Character”; William R. Hogan, “Fallacies in the Turner Thesis”, y Arthur R.M. Lowe, “Professor Webb and The Great Frontier Thesis”). Además de profesores estadounidenses y mexicanos, asistieron también algunos europeos (Sánchez Albornoz, François Chevalier) e incluso un historiador brasileño (José Honorio Rodríguez).¹⁸

En el segundo encuentro se celebraron también interesantes conferencias al alimón, como la de Luis Villoro, “The Historian’s Task: The Mexican Perspective”, con la de Arthur P. Withaker, “The Historian Task: A United States Historical View”. En estas ponencias, se repetía la común dicotomía entre anglosajones mecánicos, empíricos y materialistas contra latinos espirituales, filosóficos y artísticos. Los estadounidenses no sospechaban la revolución epistemológica que las enseñanzas de José Gaos y del exilio español habían provocado en la historiografía mexicana: veían los filosofismos mexicanos como simple falta de

¹⁷ Para una interesante revisión de la importancia filosófica y cultural de Turner en la historiografía de Estados Unidos, ver McCLAY, 1995, pp. 107-120; NOBLE, 1985 y BREISACH, 1993, cap. 3.

¹⁸ Véase ARCHIBALD, 1963.

profesionalismo, mero atraso en la escritura de la historia. Por su parte, los mexicanos (Luis Villoro) sin empacho recomendaban a los historiadores de Estados Unidos que consideraran más seriamente “el problema del objeto-método de su ciencia”. Lo cual también mostraba el desconocimiento mexicano del debate filosófico-historiográfico de Estados Unidos; una discusión que, explico más adelante, se remontaba a acalorados debates de los años treinta sobre las nociones de objetividad, método y sentido de la historia nacional. De cualquier forma, estas conferencias al alimón eran una forma sofisticada y enriquecedora de que los estereotipos se vieran a los ojos. Faltaba el paso siguiente: reconocerse diferente al conocer al otro. Pero ese paso no se dio, porque los encuentros de tradiciones historiográficas fueron víctimas de lo que estaba detrás de ellos: la institucionalización y especialización de la historia en ambos países. Venció el quehacer del historiador académico.

El tercer encuentro rompió con el espíritu de los dos anteriores. Se realizó en 1968, con el crecimiento inusitado de la academia en Estados Unidos, con la posrevolución cubana, con un México política y académicamente más parecido al de 1900 que al de 1990. Usaré este tercer encuentro para ejemplificar los problemas de un diálogo historiográfico internacional. La manera en que los encuentros se volvieron conferencias de mexicanistas hace patente las presiones institucionales en ambos lados, así como los problemas metodológicos y políticos para abrir el diálogo. Del lado mexicano, este encuentro hizo ver las dificultades de superar una historiografía centrada —a pesar de los esfuerzos de intelectuales como Daniel Cosío Villegas— en una atmósfera nacionalista-autoritaria. En este ámbito, la historia como proyecto intelectual no estaba nada más politizada, sino que era considerada la oficina política encargada de forjar la patria revolucionaria. Del lado estadounidense, dos factores se juntaron: el *baby boom* de la academia estadounidense y la fascinación por los estudios sobre América Latina (incluido México) en la era de la guerra fría que siguió a la revolución cubana. Para el historiador, creció el número de mexicanistas y la necesidad de consolidar

su espacio dentro de la hiperespecializada academia de Estados Unidos. Pero el ciudadano estaba muy sensibilizado por las guerras de Vietnam y las protestas por los derechos civiles. Irónicamente, la consolidación de un nicho académico se llevó a cabo al mismo tiempo que se buscaban tanto influencia y fuentes de financiamiento como redefinir lo que Sacvan Bercovitch ha llamado el “principio de *oppositionalism*” de Estados Unidos.¹⁹

Stanley Ross y Howard Cline se encargaron de la organización del tercer encuentro; en México, Daniel Cosío Villegas. Los mexicanos escogieron el nuevo centro vacacional de Oaxtepec como sede. Lewis Hanke nuevamente empezó a participar en los preparativos. En febrero de 1968, Ross escribió a Cline que el equipo mexicano favorecía un encuentro centrado en visiones mutuas entre México y Estados Unidos, incluyendo sesiones como “mi historiador norteamericano favorito” (O’Gorman sobre Samuel Eliot Morison) y viceversa.²⁰ Aparentemente, la propuesta original mexicana se centraba más en México que la de los dos congresos anteriores, sin ser un rompimiento con el espíritu de los encuentros. Cline y Ross, sin embargo, se inclinaron por dejar fuera a la historia de Estados Unidos. Lewis Hanke se opuso a este giro, asumiendo que eran los mexicanos quienes estaban traicionando el espíritu inicial de los congresos. Hanke escribió a Ross:

[...] our Mexican colleges think of this as a session on Mexican history exclusively. This was not true of the previous meetings. Zavala insisted that other Latin American historians such as Basave and Picón Salas participate [...] as well as U.S. historians who were not Latin Americanists [...] It would seem to me most unfortunate if we should turn these sessions into meetings on México alone [...]²¹

¹⁹ BERCOVITCH, 1995, p. 16.

²⁰ Carta Ross-Cline, RPBUTA, 15 de febrero de 1968. Lo que sigue también está basado en conversaciones informales con participantes en el tercer encuentro: Josefina Z. Vázquez, Charles Hale y Richard Graham. Agradezco sus recuerdos.

²¹ Carta Hanke-Ross, RPBUTA, 18 de abril de 1968.

Para Hanke, la cuestión era elemental: “why shouldn’t topics in U.S. history included?”. Para Ross no era deseable ni necesario seguir el precedente de los congresos anteriores. Si bien el comité mexicano no recibió con malos ojos la propuesta de mexicanizar el encuentro, Ross no pareció interesado en aclarar que no fue Cosío Villegas el principal promotor de la mexicanización de los congresos, sino él mismo y Cline. De cualquier forma, es evidente que la versión internacionalista de Hanke entra en conflicto con la versión centrada en México, no de Cosío Villegas (quien en el debate parece estar en el centro), sino de los mexicanistas estadounidenses.²² Las tensiones debieron haber sido duras, porque en septiembre de 1968 Hanke renunció a participar en el comité organizador del tercer encuentro. Una gran pérdida moral y política para el congreso. Hanke, de manera confidencial, explicó a Ross su desaprobación de la manera “unilateral” con que el tercer encuentro se había preparado: “with no opportunity for our committee to present its thoughts in the early stages”. Aunque al parecer Hanke consideró que sus razones no podían ser ventiladas ante el comité mexicano sin causar malentendidos, le confió a Ross su profundo desacuerdo: “The program planned by the Mexican committee on Mexican history alone is a great mistake, I fear. Will the fourth meeting in the U.S. be devoted only to American History? I hope not”. Para Hanke no había duda de que la organización del congreso “olía” a “nacionalismo cultural mexicano”, por ello “if the Mexicans want to have such a meeting, they could and should organize it themselves”.²³

Un conflicto relacionado puede ser el que al parecer tuvo las mismas causas entre Cosío Villegas y Robert E. Quirk, entonces editor de *The Hispanic American Historical Review*. A raíz de este conflicto, Cosío Villegas renunció al comité mexicano (aunque luego se incorporó nuevamente) y nom-

²² Véase la explicación de Ross sobre el papel de Cosío Villegas en la organización de los encuentros de historiadores, en S. Ross, 1970, pp. 865-867.

²³ Carta Hanke-Ross, RPBUTA, 18 de septiembre de 1968.

bró a Luis Villoro como director. Confidencialmente don Daniel informó a Ross sus razones, pero éste parece haber destruido esa carta. Lo que sabemos es que Quirk renunció arguyendo que compartía las preocupaciones de Hanke aunque creyó que expresar sus diferencias le llevaría a más problemas y aumentaría sus ya de por sí “pobres relaciones” con el comité mexicano.²⁴ Ross intentó mediar y pidió a Cosío Villegas que reconsiderara su posición en virtud de que, debido a sus ocupaciones, Quirk no participaría (y esto antes de que éste renuncie definitivamente).²⁵

Mucho de esto pudo haber sido causado por rencillas personales. Sin embargo, lo que estos debates revelan es, por una parte, el interés de los mexicanistas estadounidenses por consolidar su gremio; por otra, las tensiones historiográficas causadas por los mutuos nacionalismos. Prueba del primer aspecto es la manera en que Ross organizó el encuentro y convocó a un gran número de jóvenes estadounidenses mexicanistas y latinoamericanistas. Y, podemos afirmar *a posteriori*, esfuerzos como los de Ross fueron exitosos: hoy México es un espacio obligado del hiperespecializado ambiente universitario de Estados Unidos. De las susceptibilidades nacionalistas despertadas en los intentos de diálogos historiográficos no es prueba la que Hanke arguyó (“nacionalismo cultural mexicano”), sino la facilidad con que el comité mexicano cede ante las propuestas de Ross y Cline. Seguramente no costó mucho convencer al comité mexicano —que en parte apoyaba la mexicanización de los encuentros— de llevar una agenda internacional mexicanista. Las denuncias de Hanke no tomaban en cuenta las contradicciones internas del nacionalismo en el México de los sesenta. Entonces, un supuesto “nacionalismo cultural mexicano” no podía ser tan fácilmente articulado por los historiadores, como lo muestran los avatares de ese tercer encuentro de historiadores.

Los hechos ocurridos en 1968 obligaron a los historiadores mexicanos y estadounidenses a tomar posiciones

²⁴ Carta Quirk-Ross, RPBUTA, 30 de septiembre de 1968.

²⁵ Carta Ross-Cosío Villegas, RPBUTA, 10 de septiembre de 1968.

ante el autoritarismo del Estado mexicano. Tengo la impresión de que el oficio de medias tintas, tan propio de los intelectuales mexicanos y de los mexicanistas estadounidenses de este fin de siglo, se volvió impracticable en esos años. Cosío Villegas, a quien nunca le faltó valentía, se lanzó a la defensa pública de las instituciones académicas, y su poder de convocatoria en Estados Unidos molestó al gobierno mexicano. Varios académicos estadounidenses preparaban la defensa pública (en Estados Unidos y México) de sus colegas mexicanos (Stanley Stein). En el contexto de 1968 y de los preparativos del tercer encuentro, algunos profesores mexicanos exploraban las posibilidades del exilio en Estados Unidos. A fines de octubre de 1968 Cosío Villegas pidió a Ross que “le prepare un colchón” en Austin debido al agravamiento de la situación en México.²⁶

Es más, lo mejor de la xenofobia y del nacionalismo oficial salieron a relucir alrededor del encuentro; huellas de ello fueron las amenazas a quienes trataban de obtener apoyo internacional, expulsión de historiadores “extranjeros”, y un célebre debate sobre el libro de texto.²⁷

Durante el congreso, Josefina Vázquez, quien por entonces terminaba su estudio sobre nacionalismo y educación en el México decimonónico,²⁸ “osó” criticar el libro de texto gratuito por su tedioso estilo. Esto fue suficiente para causar una reacción oficial desmedida, llena de xenofobia y del nacionalismo oficial. Martín Luis Guzmán arremetió contra los extranjeros participantes en el encuentro por haberse metido en asuntos internos, y tildó a los ponentes de “turistas de la historia”.²⁹ La reacción del gobierno lle-

²⁶ Cosío Villegas-Ross, RPBUTA, 21 de octubre de 1968.

²⁷ Jean Meyer no participó en el congreso: fue expulsado del país por un leve comentario (en la revista *Esprit*) sobre la negativa presidencial al diálogo, véase MEYER, 1969.

²⁸ VÁZQUEZ, 1970.

²⁹ La prensa oficial se lanzó contra los historiadores, repitiendo lo de “historiadores turistas”. Véase la revista *República*, órgano oficial del PRI, donde el diputado Manuel del Río González escribió el artículo “Oaxtepec y los historiadores turistas”, lleno de xenofobia y del más puro nacionalismo oficial, RÍO, 1969.

gó, incluso, a la suspensión súbita de una recepción oficial en el castillo de Chapultepec. Lo explica don Daniel:

[los invitados] fueron atajados a la entrada por un soldado armado, con una ametralladora que les dijo que “nada iba a haber ahí” por falta de luz eléctrica, y esto a pesar de que el primer grupo vio con sus propios ojos que el Castillo estaba iluminado con una luz semejante a la solar de un mediodía.³⁰

La situación era tan grave que don Daniel tuvo que reiterar que en realidad ningún extranjero había expresado opinión alguna sobre los libros de texto, que no se habían criticado y que todos los historiadores los aprobaban.

Este tercer encuentro de historiadores puso de triste manifiesto los bordes nacionalistas, y autoritarios, a que se sometía la escritura de la historia en México. Sin embargo, al mismo tiempo crecía la escritura profesionalizada a través de una nueva generación de historiadores que estaba realizando estudios importantes.³¹ Era evidente que, por una parte, los historiadores mexicanos se “preocupaban y ocupaban” aún de forjar patria en condiciones no muy favorables para la discusión historiográfica abierta. Por otra, los prejuicios nacionalistas afloraban ante los ojos de mexicanistas extranjeros que intentaban llevar la historiografía mexicana por derroteros más profesionales, haciendo de México su nicho dentro de la especializada vida académica de Estados Unidos. Así los encuentros y desencuentros de historiadores mexicanos y estadounidenses se transformaron en “encuentros” de historiadores mexicanos y estadounidenses dedicados a la historia mexicana. Se fue configurando una sutil jerarquía de subdisciplinas en los departamentos de historia de las universidades de Esta-

³⁰ Carta de Daniel Cosío Villegas a Agustín Yáñez, secretario de Educación, publicada en *Excelsior* (9 nov. 1969). Agradezco al profesor Charles Hale por haberme proporcionado esta carta.

³¹ Véase la autoconciencia de esta generación en el suplemento de la revista *Siempre!*, *México en la cultura*, dedicado a la nueva historia (4 jun. 1969) (artículos de Enrique Florescano, Luis González y Alejandra Moreno Toscano, entre otros).

dos Unidos: en la cima, la historia estadounidense, luego la europea, por último el resto. El diálogo entre iguales se hizo imposible.³²

Por ello, si por escuelas historiográficas se entienden distintas maneras filosóficas, metodológicas y míticas de cortejar a Clío, no hay mucho que contar entre México y Estados Unidos. Al referirnos a los impactos entre estas dos historiografías no podemos utilizar el tono profundo que asumimos al citar las influencias en México de *les annales*, o de la *nouvelle histoire* o de Braudel. Lo cierto es que en México ha existido un desconocimiento descomunal tanto de los debates filosóficos y metodológicos que en Estados Unidos se dan alrededor de la historia, como de la historia de Estados Unidos en sí misma. Se conocen, por supuesto, los trabajos de historiadores estadounidenses sobre México. Los esfuerzos de Daniel Cosío Villegas —quien desde un principio se propuso institucionalizar los estudios de Estados Unidos en México— no han tenido el eco que merecen.³³ Lo mejor de las historias política, social, económica y cultural de Estados Unidos es poco accesible en México. Es reducido el número de traducciones mexicanas, aunque hay algunas españolas y argentinas. En cuanto a libros de texto sobre historia de Estados Unidos, existen pocos en español y los que hay generalmente son obsoletos.

Tampoco puede asumirse que los mexicanistas estadounidenses traen agua a su molino de los debates teóricos y de las amplias corrientes historiográficas de Estados Unidos. La vida universitaria en Estados Unidos semeja a la casa de un cuento de Julio Cortázar donde poco a poco se van ghettizando y cancelando habitaciones. La hiperespecialización y ghettización de los distintos campos no favorece el diálo-

³² Para un análisis de la transformación de estos encuentros en congresos de mexicanistas, véase S. Ross, 1970. Para un análisis "chomskiano" de las luchas político-académicas dentro de los recientes encuentros de historiadores mexicanistas, véase WELLS, 1991.

³³ "Desde mi primer viaje a Nueva York, me propuse entender a Estados Unidos en sí mismo, sin referencias o comparaciones con México, porque entonces, como todo ser gigantesco o descomunal, Estados Unidos resultaba ininteligible", COSÍO VILLEGAS, 1976.

go. Generalmente, los debates teóricos y metodológicos llegan tarde, si llegan, al campo de los mexicanistas.

La enorme ignorancia acerca de Estados Unidos contrasta sorprendentemente con la importante influencia que la cultura y la producción académica estadounidenses tienen en el ambiente cultural y en el análisis político-social mexicano. En efecto, la acrítica devoción por el conocimiento que viene del norte, desentona con el desconocimiento de la historia de Estados Unidos, y de cómo se escribe.

ENTRE TRES QUEHACERES: EL OFICIO DE HISTORIADOR EN ESTADOS UNIDOS

A ojo de águila, la práctica histórica en Estados Unidos más que una línea progresiva del amateurismo a la profesionalización, de conflictos políticos a consensos científicos, semeja una red de quiebres paradigmáticos tejida gracias a un aparentemente irrefrenable proceso de especialización, desintelectualización e institucionalización de la escritura de la historia. Por ello, en las últimas décadas la hiperespecialización, las divisiones y distribuciones del trabajo académico, la fragmentación en disciplinas y subdisciplinas..., todas características de la historia académica moderna, producen la impresión de una tarea de hormigas trabajando sin guía. Podría argumentarse que la pluralidad y la fragmentación —en temas, enfoques teóricos, énfasis y motivaciones— son consecuencias “naturales” e intencionadas de la historia académica profesional. Después de todo, la ciencia en el siglo XX creció con la suposición de que el conocimiento, y en especial el histórico, constituía un proceso acumulativo de largo plazo.³⁴ La suma de todas las pequeñas porciones de historia podría proporcionarnos, casualmente, “la” Historia. Así, hoy puede sostenerse que la historiografía estadounidense ha alcanzado

³⁴ En relación con la noción de historia como un proceso acumulativo, véanse O’GORMAN, 1947; NOVICK, 1988, caps. 1 y 2; GILLESPIE, 1984, pp. 1-23; MINK, 1987, y BERRHOFFER, 1996.

los atributos que caracterizan a la escritura moderna de la historia: es diversificada, hiperespecializada, heterogénea y científica, e incluye ya una suerte de juramento weberiano (estar consciente de los peligros de la ideología y los prejuicios personales).³⁵

En realidad, la diversificación e institucionalización especializada es tan sólo una cara de la escritura de la historia en Estados Unidos. Es el rostro del oficio de la ciencia, de la búsqueda universal de un formato científico para el pasado de la nación. En una nación que “nació moderna” y cuya industrialización certificó el valor y utilidad de la ciencia, este quehacer de la ciencia dura tanto como la nación misma, lo cual no quiere decir que no haya sido nunca cuestionado. Los debates filosóficos comunes a la historiografía (objetividad, búsqueda de leyes, evolución, progreso y ficción contra historia) han sido parte de la labor de la ciencia, la cual pareciera haber triunfado, no porque la escritura de la historia en Estados Unidos haya resuelto los problemas de la historia, sino porque ha consolidado un amplio espacio institucional, profesionalizado y ritualizado, en donde llevar a cabo el quehacer de la ciencia en la historia. Innumerables departamentos de historia, publicaciones, estudiantes y asociaciones, lenguaje común y ritos son las partes más visibles de este espacio. La historia (*story*) así institucionalizada se constituyó en la mejor metáfora de la culminación de una historia (*history*): la nación.

Sin embargo, este quehacer de la ciencia, aunque hoy parece triunfante, no ha acabado de desvincularse del quehacer de la elocuencia que ha estado presente en la escritura de la historia desde sus orígenes, en Estados Unidos o en el mundo. Las columnas que sostenían la idea de nación *America* —el republicanismo ilustrado, el idealismo inglés y el *Scottish common sense realism* (Rousseau, Locke, Hobbes y Stuart Mill)— se hicieron de elocuencia.³⁶ De hecho, la

³⁵ Para ejemplos de la postura tradicional, y para observar la confrontación de perspectivas opuestas acerca de esta cuestión, véase “American Historical Review Forum”, en *American Historical Review*, xciv:3 (jun. 1989).

³⁶ Sobre estos orígenes y su uso de la retórica, véanse tres importantes y lúcidos estudios: KLOPPENBERG, 1986; SKINNER, 1996, y CMIEL, 1990 y 1990a.

historia científica, profesional, empieza, como señaló John Higham (recientemente desaparecido), “negando toda posible pretensión literaria”; los historiadores renunciaron al oficio de la elocuencia por la ciencia, y con tal pretensión en 1895 la *American Historical Review*, órgano de la asociación de historiadores (profesionales), inició su circulación. Fue en esa época cuando lo que Dorothy Ross llama “cientificismo”, se convirtió en el método casi natural de la historia estadounidense profesional.³⁷ El tema fundamental de esta historia profesional, de acuerdo con Higham, fue el “funcionamiento de la sociedad democrática”. En realidad, el quehacer de la ciencia fue puesto al servicio del quehacer de la elocuencia: la nación de “sociedad democrática” era en sí una compleja argumentación cuya veracidad era, y es, inseparable de la elocuencia para convencer y hacerse mito unificador.³⁸

Así, desde sus inicios profesionales el quehacer de la elocuencia no estuvo, no podía estar, separado del quehacer de la ciencia. Historiadores “profesionales” de la talla de Henry o Brooks Adams se dedicaron con igual ahínco a la ciencia que a la elocuencia. Por supuesto, la especialización de la disciplina en el siglo XX parece haber borrado toda sombra del quehacer de la elocuencia. De ahí el desprestigio del género ensayístico en la vida universitaria estadounidense. En realidad, el quehacer de la elocuencia no sólo se deja sentir en el tema mismo al que desde sus orígenes está dedicada la historia profesionalizada en Estados Unidos (*America* como mito democrático y libertario), sino en la capacidad de hacer de la “invención” historiográfica un “descubrimiento” público; en la capacidad de divulgar la verdad dentro y fuera de la disciplina. La elocuencia, en su forma clásica (persuasión, argumentación, debate),³⁹ y la ciencia han compuesto la fórmula mágica de los historiadores que han logrado revoluciones paradigmáticas en

³⁷ D. Ross, 1991.

³⁸ Véase cómo la elocuencia del mito democrático ha influido también en la científización de la política en Estados Unidos, en RICCI, 1984, pp. 3-25 y 71-88.

³⁹ Mi idea de la elocuencia se inspira mucho en VICKERS, 1989.

la historia de Estados Unidos. Ya pesar del “fin de los intelectuales” en Estados Unidos, periódicamente reaparece la figura del historiador (profesional) intelectual, el cual adquiere notoriedad pública por medio de la ciencia y la elocuencia.⁴⁰ De ahí que en verdad los trabajos que han revolucionado o sentado la agenda de la escritura de la historia de Estados Unidos hayan sido o ensayos o trabajos aparentemente “monográficos” elaborados en tono ensayístico, casi de oratoria (Turner, Beard, Becker, Hartz, Miller). Lo cual no quiere decir que el quehacer de la ciencia profesional, autocontenido y autorreproducido, no continúe a paso acelerado en su delimitado espacio institucional. Pero esa labor rompe su monotonía cuando surge la elocuencia en la ciencia y de ahí se reinician nuevos ritos y cultos académicos;⁴¹ o también cuando otro quehacer, el de la conciencia, se impone.

El quehacer de la conciencia es el propio del ciudadano en una nación que a gritos de ciencia y elocuencia clama su culto al individualismo, la participación y la aversión al Estado. El quehacer de la conciencia en la escritura de la historia, generalmente no ha sido una opción (una “toma de” conciencia), sino la imposición formada por la reactiva combinación de presente lleno de pasado y futuro mítico. Esto es, la conciencia se ha impuesto a los historiadores en la forma de circunstancias: una guerra, una depresión, un acelerado proceso de industrialización, otra guerra... Pero la conciencia no se impone por ser mero presente, contexto, del historiador, sino por ser la experiencia vivencial de un presente que al entrar en contacto con percepciones del pasado y futuro de lo que ha sido y será, o debió ser o deberá ser, produce el quehacer de la conciencia en el historiador: la necesidad de escribir la historia sobre el texto del presente, de recuperar el balance esperado entre pasado, presente y futuro.

⁴⁰ Véase JACOBY, 1987; contrástese esta visión con la noción de “académicos intelectuales”, en SMITH, 1994, pp. 268-269 y SAID, 1994, pp. 65-83.

⁴¹ Para una lúcida visión de la creación de estos ritos y cultos en la sociología estadounidense, véase TIRYAKIAN, 1986.

El quehacer de la conciencia, de hecho, a veces ha obligado a los historiadores a habérselas con el Estado que aunque no crea del todo, sí consume y distribuye una versión de la historia nacional. Pero en una historia que ha alcanzado un espacio institucional tan amplio, y en una tradición donde el Estado es visto con sospecha, la relación de los historiadores con el Estado es mucho más difusa, por decir lo menos, que, digamos, en México. Aunque el Estado, por su capacidad de financiar y censurar el espacio institucional de la historia, ha tocado a los historiadores, no se puede hablar ni de una historia "oficial" creada por el Estado, ni de una total coincidencia de los quehaceres del historiador con los del Estado. Porque en realidad los tres quehaceres (ciencia, elocuencia y conciencia) al actuar conjuntamente han creado un profundo consenso en la nación que permite tanto los encuentros como los desencuentros con el Estado sin poner en riesgo ni al Estado ni al espacio institucional de la historia.

Es esta combinación constante y dinámica entre ciencia, elocuencia y conciencia lo que ha hecho de la escritura de la historia de Estados Unidos una labor aparentemente fragmentada y conflictiva, pero profundamente unánime más allá de lo que John Higham llamó, a fines de los sesenta, "escuela del consenso" en la historiografía estadounidense. Después de la segunda guerra mundial, la historia de Estados Unidos aparecía como una *happy story*, sin conflictos fundamentales. Aunque la historiografía del consenso parezca superada, la escritura de la historia aún tiene un carácter calladamente nacionalista. Se trata de un nacionalismo que va de incógnito entre los quehaceres de la ciencia, la elocuencia y la conciencia, y entre las dos lógicas de investigación que estos quehaceres producen: por un lado, la obsesión de cambio; por otro, el ansia de permanencia.

El quehacer de la ciencia hace que la innovación y el cambio sean al mismo tiempo que las principales características de la historiografía estadounidense, su mayor obsesión; guiada por cuatro preguntas: ¿qué merece ser historia?, ¿qué debe ser subrayado?, ¿a quién incluir en la

historia? y, finalmente, ¿qué herramientas usar para “descubrir” y escribir la historia?

En la historia estadounidense, continuamente surgen nuevos temas, campos y aspectos. Lo que anteriormente no era digno de atención por parte de los historiadores, puede volverse la *raison d'être* de un instituto de investigación de algún departamento de historia de cualquier prestigiosa universidad. El desarrollo interno de la disciplina dicta estos temas, tanto como los quehaceres de la conciencia y la elocuencia que de repente imponen su agenda sobre el desarrollo monótono de la disciplina. Existe una especie de “frontera de los temas”, donde el objetivo esencial es encontrar “el” tema: el que aún no ha sido tratado a pesar de la hiperproducción historiográfica, o el que significa un punto de vista radicalmente distinto sobre algo ya estudiado.

Por otra parte, los temas históricos, nuevos o tradicionales, siempre serán retomados y revisados. La historiografía estadounidense ha mostrado una gran capacidad de revisión. Continualmente aparecen enfoques metodológicos nuevos o resucitados y varias perspectivas políticas, que unas veces derrumban interpretaciones históricas anteriores y otras conviven con ellas. Y decidir a quién incluir en la historia cada vez más se vuelve el aspecto central del progreso e innovación historiográfica en una vida universitaria que se precia de ser multicultural, plural y tolerante.

Pero es en el campo de las fuentes, y las técnicas para su análisis, en donde la historiografía estadounidense ha demostrado sus grandes cualidades innovadoras. De hecho, cualquier adelanto en la técnica de búsqueda de la evidencia es considerado un éxito en la historiografía. Historias social; cuantitativa, demográfica, de la familia, del deporte y del sexo..., todos los nuevos campos han proporcionado inéditas fuentes y novedosos métodos de análisis. La subversión misma es víctima de esta obsesión por la innovación y el progreso, como si cada nuevo reclamo al *statu quo* pudiera ser el primero, el mejor y más importante.

Más allá de la complejidad, la diversificación, la fragmentación y la multiformidad que provienen del quehacer de la ciencia, yace otra obsesión que deriva no sólo de la

ciencia, sino de una combinación específica de ciencia, elocuencia y conciencia. Ésta no es una obsesión de cambio sino de permanencia de un terreno común sobre el cual levantar las narraciones históricas.⁴² En efecto, el dinamismo de la práctica histórica estadounidense se alza sobre unos cimientos que, si acaso se mueven, lo hacen a un ritmo mucho más lento. La sustancia de la *longue durée* de Estados Unidos es antes que geográfica o ecológica, mítica.

Se trata de dos distintas lógicas de evolución: por un lado, la innovación y el progreso dan la impresión de que la historiografía estadounidense se reinventa a diario; sólo los últimos trabajos cuentan. Los libros de historia se vuelven obsoletos casi tan rápidamente como los manuales de computación. Por otro, el consenso profundo cambia para no cambiar: sufre transformaciones, pero todas buscan hacerlo eternamente el mismo. Este consenso puede considerarse el núcleo casi estático de la escritura de la historia en Estados Unidos; núcleo que se nutre de los “descubrimientos” de la ciencia, los valores y premisas de la elocuencia y los conflictos de la conciencia que son inherentes al oficio de historiador en Estados Unidos.

La interacción entre ciencia, elocuencia y conciencia ha creado un producto histórico estable: la nación. Estable no porque el Estado-nación, Estados Unidos, persista físicamente, sino porque en esencia la nación ha sido no simple épica del pasado o inevitable resultado del orden de las cosas, o una “comunidad” maquiavélicamente imaginada por una élite, sino que *America* ha sido la mejor historia de final “feliz” que hasta ahora la modernidad occidental ha ideado; por ello es simultáneamente un robusto argumento científico, intelectual, estético y político. Por exagerar, digamos que la nación es tal conjunto de esperanzas universales que se asume de tal forma que no parece necesario justificarla con la ciencia, ni inventarla con la elocuencia: el nacionalismo de este país es la ciencia, y todo lo que es elo-

⁴² Sobre el afán de permanencia vía la obsesión por el cambio, ver el punto de vista de D. Ross para quien “*The American love of the new turns out to carry within it the desire to recreate the old*”. D. Ross, 1994.

cuenta de lo moderno, democrático, libre y soberano es *American*.

Lo cual no quiere decir que no haya habido discusiones sobre la científicidad de la historia más allá de la nación. Sin embargo, las dudas epistemológicas, aunque presentes, nunca han amenazado seriamente el centro empírico y realista de la historiografía de Estados Unidos. De hecho, la tradición anglosajona de la filosofía de la historia se caracterizó por un temprano rechazo del historicismo, y por una interpretación antipolítica del pensamiento de Ranke. A partir de entonces, la historia en Estados Unidos fue considerada una disciplina objetiva, empírica y científica. Con todo, la discusión sobre estos temas está abierta y está llevando a la búsqueda de las dudas filosóficas en la propia historia de la historia en Estados Unidos (de ahí que se redescubran las dudas de Charles Beard o Carl Becker).⁴³

⁴³ Véase ANKERSMIT, 1986. El autor explica que lo que él denomina "Epistemological Philosophy of History" fue el punto de vista tradicional, en el mundo anglosajón. Según Ankersmit, Mandelbaum fue uno de los primeros en sintetizar esta postura epistemológica (en *The Problem of Historical Knowledge*, 1938), al rechazar el historicismo alemán y efectuar una interpretación antipolítica del pensamiento de Ranke. Novick, con un análisis más detallado y profundo de la práctica histórica estadounidense, comparte las interpretaciones básicas de Ankersmit sobre las raíces epistemológicas de la historia en Estados Unidos, aunque discrepa en lo que hace a la actitud historicista y el optimismo de Ankersmit acerca del "retorno de la narrativa". Para el presente ensayo, lo relevante es el hecho de que estos dos estudios aparezcan a fines de los años ochenta (al igual que casi todos los estudios autorreflexivos de la historia). Lo cierto es que lo que hace años John Dewey llamó "epistemology industry", ha regresado en las últimas décadas a la historiografía estadounidense. Para un acercamiento al debate en curso sobre este aspecto, véanse las reseñas y discusiones que causó el libro de Novick (un panel completo en la reunión anual, 1990, de la American Historical Association). Véanse al respecto las reseñas-ensayos en KLOPPENBERG, 1989; HASKELL, 1990, y CMIEL, 1990; la reseña de Alan Brinkley en *Time Literary Supplement* (10-16 de noviembre de 1989). Véanse también los trabajos que resultaron del encuentro de la American Historical Association en 1990, publicados en la *American Historical Review*, 96:3 (jun. 1991), pp. 675-708. Sobre las preocupaciones filosóficas en la historia de la historia en Estados Unidos, véanse HIGHAM, 1970; NOBLE, 1965 y 1985; GATELL, 1968; SMITH, 1994; JOYCE, 1985, especialmente pp. 239-271, y BREISACH, 1993.

La nación, Estados Unidos, sustenta, y es sustentada a su vez, por nociones casi míticas, como universales que pueden ser indistintamente o ciencia o elocuencia o conciencia. Mitos hechos de historia (entendida como experiencia colectiva a través del tiempo, y como memorias colectivas —tradiciones y discursos— de estas experiencias), y de utopías (en su sentido básico de promesas vivas y dinámicas), pero susceptibles tanto de ser manipulados como forma de explicación y legitimación, como de existir y funcionar sin ser notados en constante interacción con ideologías particulares.⁴⁴ Estos mitos tienen cierta visibilidad en el consenso acerca de Estados Unidos como la “primera nación nueva”, arquetipo de la democracia moderna y modelo de excepcionalismo (en ambos sentidos, normativo y descriptivo), de libertad y de liberalismo; su libertad y su originalidad se basan en la fuerza de la comunidad y en la fe y el respeto por los individuos. Todo esto no es más que la acostumbrada fraseología de un edificio histórico de presupuestos surgidos de la tradición, las ideologías de varias élites históricamente definidas, las experiencias religiosas, las narraciones patrióticas, las identidades regionales hechas identidad nacional, y, ante todo, de historia escrita sometida a continuo proceso de reescritura.⁴⁵ Se trata de un balance durable de ciencia, elocuencia y conciencia que forma la narración de la democracia, libertad y oportunidad.

Lo que Thomas Paine, Michel-Guillaume de Crèvecoeur y, sobre todo, Alexis de Tocqueville sintetizaron ha sido coloreado, redefinido, abiertamente apoyado e incluso se ha puesto en duda para algunas regiones geográficas o sectores sociales de Estados Unidos. Pero no se ha abandonado como la agenda de discusión. Hacerlo sería pensar fuera de

⁴⁴ Es muy amplia la literatura sobre la relación entre mito e ideología. Un ejemplo de la manera en que este ensayo asume esta relación se encuentra en Slotkin. Para una bibliografía sobre el estudio de mitos e ideologías, véanse las notas del trabajo de SLOTKIN, 1986, pp. 87-90.

⁴⁵ Para una explicación de las formas tradicionales de analizar la realidad histórica, y de cómo surgieron los conceptos de gran narración, gran historia y metahistoria, véase BERKHOFER, 1988, revisado y reeditado en BERKHOFER, 1996.

los límites nacionales en los que, después de todo, está organizada la historiografía académica.⁴⁶ Los historiadores de

⁴⁶ Muchos autores han señalado la existencia de esta suerte de “elixir”. John Higham y H. Stuart Hughes repararon en su persistencia, aunque no muy convencidos de su profundidad. El reciente giro autorreflexivo de la historiografía y las ciencias sociales estadounidenses ha puesto más atención en la existencia e importancia de este “elixir” en busca del conocimiento científico del pasado y del presente. Véanse autores como Dorothy Ross, Mark C. Smith, Peter Novick, Ernst A. Breisach y el libro de APPLEBY, HUNT y JACOB, 1985. De hecho, a veces este “elixir” hoy sigue siendo presentado como un hecho histórico óptimo y empírico (véase Greenhalg). Ross, 1991, llamaría a este “elixir” la permanencia de la creencia en el excepcionalismo estadounidense: “a vision of [the] unique place Americas occupied in history” (p. 26) “A connected body of interwoven ideas —indeed other dimensions, like America’s mission to the world, could be plotted— and one whose scope has been difficult to specify. Fundamentally, American exceptionalism was a nationalist ideology, an idea of America in a country whose national self-conception had to be intellectually formed from the experience of gaining national independence” (p. 28). Fuera de Estados Unidos, la historiadora francesa Elise Marienstras ha señalado la prevalencia de estos mitos nacionales; para esta autora, la fuerza de la ideología nacional estadounidense puede ser explicada por el tan mentado excepcionalismo porque el nacionalismo en Estados Unidos prologó al Estado-nación, MARIENSTRAS, 1988 (p. 8): “Ne dans la modernité, le mythe national américain tire sa force du fait qu’il se veut l’aboutissement d’une ne reve surgi au sortir du moyen age: il comporte la création d’une république durable, l’épanouissement de l’individu-citoyen, la réalisation des aspirations à la liberté. Le signe de la république est, dans le mythe, la Rome antique. Comme elle, la république américaine confie son devenir aux seules vertus des citoyens, accrues des valeurs de la Renaissance et des Lumières: la perfectibilité de l’homme, sa capacité à se surpasser pour la cité, le don de l’un à tous et l’intérêt de tous pour l’un. Par son optimisme, par se foi dans l’homme, le mythe de création des États-Unis touche à l’universel. Mais les moyens que se donne cet optimisme le particularisent” (p. 423). Por su parte, Sacvan Bercovitch, crítico canadiense, ha sintetizado el contenido y desarrollo de los elementos ideológicos y mitológicos del nacionalismo estadounidense en el análisis de lo que él llama la “*American jeremiad*”, BERCOVITCH, 1978: “a ritual designed to join social criticism to spiritual renewal, public to private identity, the shifting signs of the times to certain traditional metaphors, themes, and symbols. To argue (as I do) that the jeremiad has played a major role in fashioning the myths of America is to define it at once in literary and in historical terms. Myths may clothe history as fiction, but it persuades in proportion to its capacity to help people act in history” (p. ix). Para una

Estados Unidos han desempeñado un importante papel en la cristalización discursiva de estas ideas y creencias que han constituido una sólida gran historia porque nunca es totalmente pasado, siempre es también presente y futuro en una suerte de esperanza colectiva por recomponer, recrear, reconstruir, reiniciar o continuar "*l'Amérique*": una esencia que constituye, en sí misma, una complicada construcción histórica, el elixir estadounidense.

Como sucede en muchas historiografías nacionales, la estadounidense es almacén de mitos nacionales y guardiana de la ideología nacionalista. Pero este consenso nacional es algo más que historia, no sólo se encuentra en libros de texto de historia patriótica tradicional, sino en los libros críticos y más pluralistas y multiculturales o en los de ciencia (donde *America* aparece como escenario natural).⁴⁷ Este conjunto de presupuestos nacionales ha enfrentado nuevas situaciones, que han impuesto nuevas conciencias en historiadores e intelectuales, pero los universales del "elixir americano" parecen salir reforzados de cada debate y discusión. Durante este siglo, el éxito económico de la posguerra y la existencia de un enemigo que podía poner en peligro a la nación supuso un constante llamado a la unidad y a la definición de nación. Después de los años sesenta, cuando en el campo conocido como *American Studies* fue superada la búsqueda de los caracteres "americano" optimista e industrial, algunos críticos tan diferentes como Christopher Lasch, Daniel Bell y James Baldwin, pusieron en la mesa de discusión los mitos nacionales (unos lo hacían para desmoronarlos, otros para renovarlos). Para unos (Lasch) *America* (toda esa esperanza) había sido traicionada, y Estados Unidos se había convertido en una sociedad consumista e injusta; para otros (Bell) *America* no era una ideología, sino el fin de las ideologías, el cauce final, correc-

historia y síntesis de este tipo de visiones véanse NOVICK; 1988, cap. 16; HUGHES, 1982; APPLEBY, HUNT y JACOB, 1985; BREISACH, 1993, y GREENFIELD, 1993.

⁴⁷ Respecto al desarrollo de los libros de texto de historia véase FITZGERALD, 1979. Para conocer el otro lado de la moneda, esto es, la visión de Estados Unidos en los libros de texto mexicanos, véase MANNING, 1985.

to e irremediable de la historia, para (Baldwin), *America* era una mentira racista que nunca alcanzó a la población negra.⁴⁸ No obstante las diferencias, la mayoría de las críticas hacían referencia a esa mítica *America*, así como a la esperanza de completar o reiniciar lo que significaba *America*.

Pero si este punto de referencia mítico ha perdurado en la escritura de la historia es porque está hecho de ciencia y elocuencia. Lo que se entiende por verdad —empírica y real— equivale a lo que es considerado como *American*. Por ello, la historia puede seguir su quehacer institucionalizado y académico y cuestionar incluso la ciencia misma. Las preocupaciones epistemológicas del quehacer de la ciencia no son suficientes para poner en riesgo al núcleo de la historiografía estadounidense. Actualmente están creciendo las inquietudes epistemológicas en algunos sectores de la profesión. La mayoría de estas dudas surgen del campo de los *Europeanists* y de ciertos enfoques que antes no tenían lugar destacado (*Black History, Gender History, Gay History Ethnic Studies*).⁴⁹ Sin embargo, en muchas ocasiones estas inquietudes son parte de la insaciable “frontera de los temas”, y como tales encuentran su lugar dentro de la estructura institucional de la especialización histórica. Hasta ahora, todos los cuestionamientos académicos sobre el contenido, o los sustentos empíricos, del “elixir americano” han llevado, por un lado, a la aparición de muchos libros hiperespecializados y llenos de jerga académica, y, por otro, a los llamados a restablecer la esperanza pluralista, refortalecida, de *America*.⁵⁰

⁴⁸ LASCH, 1978; BELL, 1960, y BALDWIN, 1961.

⁴⁹ Véanse STONE, 1979; BERKHOFER, 1996; MEGGILL, 1989, y TOEWS, 1987.

⁵⁰ Véase el esfuerzo que los historiadores Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob hicieron en 1995 para lograr, en un libro no académico, una explicación coherente de los retos que ha sufrido la “historia” tradicional de Estados Unidos, y para mantener, a pesar de todas las críticas, lo que en esencia representa Estados Unidos: la esperanza de igualdad, pluralismo y democracia. APPLEBY, HUNT y JACOB, 1985. Véanse también las críticas políticas y filosóficas a este libro (de Joan Scott, Cushing Strout y Raymond Martin) en *History and Theory*, xxxiv:4 (1995), pp. 320-339.

Los conflictos políticos y los enfrentamientos con visiones oficiales de Estados Unidos, no son, sin embargo, ajenas a la historia de la historia en Estados Unidos. Pero un consenso tan profundo en la esperanza que representa *America* hace que los conflictos entre visiones epistemológicas alternativas o posiciones historiográfico-políticas opuestas terminen o en una descalificación en términos de ciencia o en una simple moda académica. En Estados Unidos ha habido momentos en que algunas historias que no compartían la historia más o menos “oficial” han sido calladas, pero no —o no sólo— por ser subversivas, sino por no ser científicas. En muchas otras ocasiones, el quehacer de la ciencia, dentro de las fronteras académicas institucionales, absorbe y reabsorbe las críticas creando los canales de especialización y ghettización.

Igualmente, los cuestionamientos políticos, por serios que hayan sido —la nueva izquierda— con frecuencia han compartido la fe en la ciencia, y así son absorbidos al consenso nacional y político a través del acuerdo científico. Así, lo que parecía que podía cuestionar el duro consenso, pasa finalmente a formar parte del propio consenso, aunque como una parte conflictiva que obliga a llevar a cabo reformas y transformaciones para no cambiar lo básico.⁵¹

En suma, el consenso en la historiografía americana es duradero y fuerte debido a su compleja naturaleza: no es una mera elocuencia nacionalista, aunque algo tenga de ello; está consciente de su carácter no neutral, pero no siempre de

⁵¹ Esto es lo que Bercovitch denomina *anti-jeremiad*: “The denunciation of all ideals, sacred and secular, on the grounds that America is a lie. I use the term anti-jeremiad to recall the ubiquity of the national symbol”. Pero este autor también considera que “in this country, both the jeremiad and the anti-jeremiad foreclosed alternatives” “The one by absorbing the hopes of mankind into the meaning of America, the other by reading into America the futility and fraud of hope itself”, BERCOVITCH, 1978, p. 191. Véase también MARIENSTRAS, 1988, p. 14. El tratamiento de Novick sobre los historiadores de los años sesenta, refleja cómo lo que parecía una oposición radical al *statu quo*, en realidad compartía gran parte de la estructura de conocimiento establecida. Véase NOVICK, 1988, caps. 13 y 14. Ross comparte también este argumento, véase D. ROSS, 1991, pp. XIII-XXII y 417-476.

su autoridad ideológica que confisca la principal fuente de honestidad epistemológica del siglo XX: la ciencia como ideología nacional;⁵² es parte y guardiana de la construida identidad nacional. Por ello, lo excepcional de Estados Unidos no está en su historia ni en su pasado, sino en la manera en que éste se ha escrito.

FIN

Volvamos a lo familiar. La escritura de la historia en México se mueve por una fuerza centrífuga que no ha cesado de “forjar patria” (debido a una particular profesionalización de la historia, una especial historia de revoluciones e invasiones, y una singular relación centralizada entre intelectuales y Estado). En contraste, en Estados Unidos la escritura de la historia sigue una fuerza centrípeta que sin embargo tiene por gravedad la coincidencia en la nación como mito eterno de democracia, libertad, progreso y final feliz. En México, la nación es un presente que demanda continua reescritura de su pasado; en Estados Unidos, la nación es ante todo una promesa atemporal que requiere una constante revisión y balanceo entre pasado, presente y futuro. Cada uno de los quehaceres que se juntan en la escritura de la historia tiene sus propias preguntas (por ello se combinan las características de una disciplina hiperespecializada y profesionalizada, con los presupuestos de una historia patria), pero existe la pregunta central a los quehaceres de la historia: ¿cómo está la promesa, *America*? De aquí derivan todos los nuevos apéndices, hipótesis, métodos y descubrimientos de la historia. En Estados Unidos la escritura de la historia se mueve automática y monótonamente en el amplio espacio formado por el cordón sanita-

⁵² Para una discusión de cómo se llevó a cabo en las ciencias sociales estadounidenses, véase D. ROSS, 1991 y RICCI, 1984. Para una perspectiva general a la noción de ciencia como ideología, véanse FEYERABEND, 1978; LATOURT, s.f., y sobre el rol nacionalista de la ciencia, véase CRAWFORD, 1992, pp. 11-46.

rio de la institucionalización académica. Y no obstante, proporciona la elocuencia, épica y científica, que la nación requiere. En México empieza y termina su profesionalización todos los días, siempre a caballo entre la academia, la sociabilidad política y el Estado. Y, sin embargo, produce conocimiento "profesional". En México la historia forja patria, en Estados Unidos rastrea hacia atrás y hacia adelante, da mantenimiento a la patria (entendida como una promesa universal). Sin embargo, no hay nada de excepcional en el contenido de ninguna de las dos historias (*histories*). Lo que hace excepcional una historia (*story*) no es su contenido, sino su combinación de ciencia, elocuencia y conciencia.

Son éstas las líneas de comunicación historiográfica que propongo. Y son, ante todo, un eco, quizá tardío, de lo que alentaron en México maestros como Edmundo O'Gorman y Daniel Cosío Villegas. Conozcamos las otras historias para reconocernos en los mismos esfuerzos, en las mismas virtudes y debilidades. Así vistos, así desprovistos de certezas parroquiales, Henry Adams puede ser un O'Gorman estadounidense, o don Edmundo un Adams mexicano; cualquiera de los dos pudo haber escrito la confesión:

[...] en competencia optimista con otras naciones, proclamamos *ad orbe et orbem* nuestra ejemplaridad y nos entregamos con entusiasmo a una hermenéutica del escamoteo que, como leve caña al viento, se inclinaba dócil al soplo de la exigencia de un oficial destino.⁵³

Cualquiera de los dos daría por bienvenidas unas historias que nos dejaran deshabitados de excepcionalismos, en la orfandad y extranjería conjunta que es el pasado y su escritura.

⁵³ O'GORMAN, 1974.

SIGLAS Y REFERENCIAS

- RPBUTA Ross Papers, Benson Library, University of Texas, Austin.
- ADAMS, Henry
- 1919 *The Degradation of the Democratic Dogma*. Editado con introducción de Brooks Adams. Nueva York: Mac Millan Company.
- 1938 *Henry Adams, Letters of Henry Adams, 1892-1918*. Editado por Washington Chauncey Ford. Boston: Houghton Mifflin Company.
- 1988 *The Letters of Henry Adams*, vol. 4. Editado por J. C. Levenson, Ernest Samuels *et al.* Cambridge: Harvard University Press.
- ALMOND, Gabriel
- 1982 *Progress and its Discontents*. Berkeley: University of California Press.
- ANKERSMIT, R.
- 1986 "The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History", en *Knowing and Telling history: The Anglo-Saxon Debate* editado por Ankersmit, *History and Theory*, Beiheft 25.
- APPLEBY, Joyce, Lynn HUNT y Margaret JACOB
- 1985 *Telling the Truth about History*. Nueva York: W. W. Norton and Company.
- ARCHIBALD, Lewis R. (comp.)
- 1963 *The New World Looks at its History. Proceedings of the Second International Congress of Historians of the United States and Mexico*. Austin: The University of Texas Press.
- BALDWIN, James
- 1961 "The Discovery of What it Means to Be an American", en *Nobody Knows my Name*. Nueva York: Vintage Books, pp. 3-12.
- BEARD, Charles
- 1934 "Written History as an Act of Faith", en *American Historical Review*, 39 (ene.), pp. 219-231.
- BELL, Daniel
- 1960 *The End of Ideology: on the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*. Nueva York: The Free Press.

BERCOVITCH, Sacvan

- 1978 *The American Jeremiad*. Madison: University of Wisconsin Press.
- 1986 *Ideology and Classic American Literature*. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1995 "Discovering America: A Cross-Cultural Perspective", en COLATRELLA y ALKANA, pp. 3-30.

BERGER, Carl

- 1986 *The Writing of Canadian History. Aspects of English-Canadian Historical Writing since 1900*. Toronto: Toronto University Press.

BERKHOFER, Robert F.

- 1988 "The Challenge of Poetics to (Normal) Historical Practice", en *Poetics Today*, ix:2, pp. 435-452.
- 1996 *Beyond the Great Story: History as Text and Discourse*. Cambridge: Harvard University Press.

BOLTON, Herbert

- 1933 "The Epic of the Greater America", en *The American Historical Review*, xxxviii:3 (abril), pp. 449-474.

BREISACH, Ernst A.

- 1993 *American Progressive History. An Experiment in Modernization*. Chicago: The University of Chicago Press.

BUTLER, Ruth Lapham

- 1949 "Notes on the First Congress of Historians of Mexico and the United States", en *The Hispanic American Historical Review*, xxvi:4 (nov.), pp. 634-639.

CMIEL, Kenneth

- 1990 *Democratic Eloquence. The Fight over Popular Speech in Nineteenth-Century America*. Nueva York: William Morrow and Company.
- 1990a "After Objectivity: What Comes Next in History", en *American Literary History*, 2, pp. 170-181.

COLATRELLA, Carol y Joseph ALKANA (comps.)

- 1995 *Cohesion and Dissent in America*. Nueva York: State University of New York Press.

COSÍO VILLEGAS, Daniel

- 1968 "De la necesidad de estudiar a Estados Unidos", en *Anglia*, pp. 9-18.

- 1976 *Memorias*. México: Joaquín Mortiz.
- CRAWFORD, Elizabeth
 1992 *Nationalism and Internationalism in Science, 1880-1939*. Cambridge: Cambridge University Press.
- FEYERABEND, Paul
 1978 *Science in Free Society*. Londres: Verso.
- FITZGERALD, France
 1979 *America Revised: History Schoolbooks in the Twentieth Century*. Boston: Little Brown.
- GATELL, Frank (comp.)
 1968 *American Theme: Essays in Historiography*. Oxford: Oxford University Press.
- GILLESPIE, Michael Allen
 1984 *Hegel, Heidegger, and the Ground of History*. Chicago: Chicago University Press.
- GONZÁLEZ, Luis
 1988 *El oficio de historiador*. México: El Colegio de Michoacán.
- GREENFELD, Liah
 1993 *Nationalism: Five Roads to Modernity*. Cambridge: Harvard University Press.
- HALE, Charles
 1989 *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico*. Princeton: Princeton University Press.
- HANKE, Lewis
 1980 "The Early Development of Latin American Studies in the U.S., 1930-1949", en ROBINSON, pp. 103-120.
 1985 *Guide to the Study of U.S. History Outside the U.S., 1945-1980*, III, Nueva York: Kraus International Publications.
 1989 "Experiencias con Silvio Zavala, 1933-1949: algunos recuerdos al azar", en *Historia Mexicana*, XXXVIII:4 (152) (abr.-jun.), pp. 601-607.
- HARTZ, Louis
 1964 *The Founding of New Societies*. Nueva York: Harcourt.
- HASKELL, Thomas
 1990 "Objectivity is not Neutrality: Rhetoric *vs.* Practice in

Peter Novick's *That Noble Dream*", en *History and Theory*, 29, pp. 129-157.

HICHAM, John

1970 *Writing American History; Essays on Modern Scholarship*.
Bloomington: Indiana University Press.

HUGHES H. Stuart

1982 "Contemporary History. Progress, Paradigm, and
Regression toward Positivism", en ALMOND, pp. 9-35.

JACOVY, Russell

1987 *The Last Intellectuals. American Culture in the Age of Aca-
deme*. Nueva York: Basic Books.

JOYCE KRAUS, Michael y David D.

1985 *The Writing of American History*, Tuscaloosa: University
of Oklahoma Press.

KLOPPENBERG, James T.

1986 *Uncertain Victory. Social Democracy and Progressivism in
European and American Thought, 1870-1920*. Oxford:
Oxford University Press.

1989 "Objectivity and Historicism: A Century of American
Historical Writing", en *American Historical Review*,
94:4, pp. 1011-1030.

KNIGHT, Alan

1985 "El liberalismo mexicano desde la reforma hasta la
revolución", en *Historia Mexicana*, xxxv:1(137) (jul.-
sep.), pp. 59-91.

1987 *U.S.-Mexico Relations, 1910-1940. An Interpretation*. San
Diego: The University of California Press.

LASCH, Christopher

1978 *The Culture of Narcissism: American Life in the Age of
Diminishing Expectations*. Nueva York: Norton.

LATOURET, Bruno

s.f. *Nous n'avons jamais été modernes: Essais d'anthropologie
symétrique*. París: s.e.

LEGEMANN, Ellen Condliffe

1989 *The Politics of Knowledge. The Carnegie Corporation, Phi-
lanthropy, and Public Policy*. Middletown: Wesleyan
University Press.

MANNING, V. F.

- 1985 *Images of the U.S. in Mexico's Libros de Texto Gratuitos. A Report for the USIA.* Tucson: University of Arizona, Working Papers.

MARIENSTRAS, Elise

- 1988 *Nous, le peuple. Les origines du nationalisme américain.* Paris: Gallimard.

McCLAY, Wilfred M.

- 1995 *The Masterless. Self and Society in Modern America.* Chaper Hill: The University of North Carolina Press.

MEGGILL, Alan

- 1989 "Recounting the Past: Description, Explanation, and Narrative in Historiography", en *American Historical Review* 94:3 (jun.), pp. 627-654.

MEYER, Jean

- 1969 "La révolte des étudiants dans le monde", en *Esprit*, 37:381 (mayo), pp. 747-748.
- 1993 *Egohistorias; el amor de Clío.* México: Centre de Études Mexicaines et Centroaméricaines.

MINK, Louis O.

- 1987 *Historical Understanding*, editado por Brian Fay. Ithaca: Cornell University Press.

MONK, Richard (coord.)

- 1986 *Structure of Knowing: Current Studies in the Sociology of Schools.* Lanham: University Press of America.

NOBLE, David W.

- 1965 *Historians against History: The Frontier Thesis and the National Covenant in American Historical Writing since 1830.* Minneapolis: University of Minnesota Press.
- 1985 *The End of American History. Democracy, Capitalism, and the Metaphor of two World in Anglo-American Historical Writing, 1880-1980.* Minneapolis: University of Minnesota Press.

NOVICK, Peter

- 1988 *That Noble Dream. The Objectivity Question and the American Historical Profession.* Cambridge: Cambridge University Press.

O'GORMAN, Edmundo

- 1941 *Do the Americans have a Common History?* Washington, D. C.: Pan-American Union, «Point of View Series».
- 1947 *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. México: Imprenta Universitaria.
- 1974 *Del amor del historiador a su patria*, palabras pronunciadas al recibir el Premio Nacional de Letras. México: Condumex.

ORTEGA Y MEDINA, Juan (comp.)

- 1968 *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

PARRINGTON, VERNON L.

- 1930 *Main Currents in American Thought*. Nueva York: Harcourt, Brace and Co.

Proceedings

- 1950 *Proceedings of the First Congress of Historians from Mexico and the United States Assembled in Monterrey, Nuevo León, México, septiembre 4-9, 1949*. México: Cultura.

RICCI, David M.

- 1984 *The Tragedy of Political Science. Politics, Scholarship and Democracy*. New Haven: Yale University Press.

RÍO GONZÁLEZ Manuel del

- 1969 "Oaxtepec y los historiadores turistas", en *República*, 316 (nov.-dic.).

ROBINSON, David J. (comp.)

- 1980 *Studying Latin America. Essays in Honor to Preston E. James*. Syracuse: Syracuse University.

ROSS, Dorothy

- 1991 *The Origins of American Social Science*. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1994 "Modernist Social Science in the Land of the New/Old", en D. Ross, pp. 171-189.

ROSS, Stanley R. (comp.)

- 1970 *Latin America in Transition. Problems in Training and Research*. Nueva York: The State University of New York Press.
- s.f. *Modernist Impulses in the Human Science, 1870-1930*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

- SAID, Edward W.
1994 *Representations of the Intellectual*. Nueva York: Vintage Books.
- SKINNER, Quentin
1996 *Reason and Rhetoric in the Philosophy of Hobbes*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SLOTKIN, Richard
1985 *The Fatal Environment: The Myth of the Frontier in the Age of Industrialization, 1800-1890*. Nueva York: Atheneum.
1986 "Myth and the Production of History" en BERCOVITCH, pp. 70-87.
- SMITH, Mark C.
1994 *Social Science in the Crucible. The American Debate Over Objectivity and Purpose, 1918-1941*. Durham: Duke University Press.
- STONE, Lawrence
1979 "The Revival of Narrativity: Reflections on a New Old History", en *Past and Present*, 85 (nov.), pp. 3-24.
- TIRYAKIAN, Edward A.
1986 "Hegemonic Schools and the Development of Sociology", en MONK, pp. 417-441.
- TOEWS, John E.
1987 "Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience", en *American Historical Review*, xvii:4, pp. 879-897.
- VANN WOODWARD, C. (comp.)
1968 *The Comparative Approach to American History*. Nueva York: Basic Books.
- VÁZQUEZ, Josefina
1968 "La enseñanza de la historia en los Estados Unidos", en ORTEGA Y MEDINA, pp. 407-421.
1970 *Nacionalismo y educación en México*. México: El Colegio de México.
1985 "Teaching and Research in México on United States History", en HANKE.

VÁZQUEZ, Josefina, Michael C. MEYER y Elsa Cecilia FROST

- 1979 *El trabajo y los trabajadores en la historia de México. Ponencias y comentarios presentados en la V Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos. Páizcuaro, 12 al 15 de octubre de 1977.* México: El Colegio de México-University of Arizona Press.

VICKERS, Brian

- 1989 *In Defense of Rhetoric.* Oxford: Oxford University Press.

WELLS, Alan

- 1991 "Oaxtepec Revisited: The Politics of Mexican History, 1968-1988", en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vii:2 (verano), pp. 331-345.

ZAVALA, Silvio

- 1949 "En torno al Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos, celebrado en Monterrey", en *Cuadernos Americanos*, viii:6 (nov.-dic.), pp. 231-234.

